

ruído de las balas, que se repetían por aquel punto, y quedando el jinete atorado de un estribo, corrió precipitado por entre la caballería: el enemigo que atento observaba aquel movimiento, entendió que lo ocasionaba su artillería, y siguió dirigiéndole sus tiros: la caballería, desordenada, que se veía hecha el blanco del enemigo, se desbandó en gran parte, determinándose por el ejército un terrible movimiento de desorden, que fué á parar á los arrieros y cocheros: los mas dejaban los hatajos á medio cargar abandonando las mulas y los grandes intereses que conducían; los otros abandonaban también los carruajes dejando las mulas uncidas: las personas que ocupaban los coches vagaban á pié buscando el camino, y en momentos tan críticos, se ordenó que se rompieran los sacos del dinero, ya para que tomaran los soldados lo que quisieran, ya también para que el enemigo tuviera con que entretenerse, caso que intentara la persecución. El Sr. Allende, en tanto desorden, mandó á algunos generales y oficiales, que saliendo al camino contuvieran con empeño aquella dispersión; pensaba que pudiendo reunir siquiera mil ó mas caballos, podía volver sobre el enemigo de un modo brusco y desesperado; mas este empeño no se logró, porque el mismo Sr. Allende, que salió al camino á reconocer la gente reunida, desistió por ver que eran pequeñas partidas que no llenaban el objeto. Así se dirigió á San Felipe del Obraje para hacer alto, y que sirviera de punto de reunión, la que se verificó, habiendo reunido al día siguiente mas de seis mil hombres de los dispersos, llevando todos sus armas. Se determinó dar algun arreglo á aquella gente formándose compañías y despues regimientos, medida provisional, para que pudiera marchar masa tan desordenada.

“Al separarse Allende del campo donde habia ocurrido aquella catástrofe, habia dejado una partida de caballería como de observación, para que le dieran parte á cada momento de los movimientos del enemigo, y por ellos arreglar los suyos, ya retirándose

ó ya esperando reunir aquella dispersión. El primer parte, contenía la noticia de que el enemigo, luego que observó que cesaron los fuegos de los independientes y se habian retirado de la línea de batalla, hizo alto, y no se atrevió á avanzar, creyendo sin duda que aquel movimiento repentino de retirada, bien podia ser un ardid de guerra y no quiso aventurarse; por esto fué, que habiendo comenzado la acción á las nueve de la mañana, no se determinó Calleja á reconocer el campo, sino hasta las tres de la tarde, dejando entonces la actitud de mero espectador; y ya sea por precaución militar, ya por una buena dosis de temor, ó ya porque pudo recoger un apreciable botin, lo cierto es que la actitud de Calleja, dió lugar á Allende, para reunir cuanto soldado pudo. En esta acción tan desordenada y segun el parte que Calleja da al Virey, se ve un número prodigioso de muertos hechos á los independientes, cuando solo aparecieron 27. Estos partes exajerados unos, y otros formados á la medida de propias miras (1), dieron lugar á que Calleja disfrutara de una gran reputación militar, y á que despues lo condujeran de la mano hasta el Virreinato de México. Arreglado del modo posible, por Allende, el ejército que se habia desbandado, se dió orden de dirigirse para Guanajuato, no sin tener que vencer algunas dificultades, una de ellas, la falta de numerario para mantener aquella fuerza.”

Por la opinion que antecede, parece que por falta de cohesión y de disciplina en el ejército independiente, se verificó la dispersión de San Gerónimo A-

[1] Véanse:—“Parte de la acción de Aculco por el brigadier Calleja, Proclama del Tlaxcalteco al ejército del Sr. Calleja refiriéndose á la acción de Aculco, Parte detallado de la acción de Aculco dado por D. Félix M.^a Calleja é Informe rendido por el Sr. García Conde al Virey, de las ocurrencias habidas durante el tiempo que estuvo prisionero.”—*Documentos para la Historia de la guerra de la independencia*, tomo II, págs. 213, 215, 223, y 267.

culco, y que aunque los jefes nada ignoraban respecto del encuentro que tendrían con el Brigadier Calleja, de presumirse era un desastre, así porque ya se sabía entre los soldados que el regreso al interior tenía por objeto fraccionar el ejército é invadir los mejores centros, entre tanto se instruían y disciplinaban para hacer frente al enemigo, como porque es constante que á una tropa victoriosa se infunde temor y desaliento si se emprende una contramarcha, aún cuando se efectúe ésta por razones poderosas, de cuyo desaliento surge la desconfianza que produce desgracias y complicaciones, por lo común irreparables.

La mayor parte de nuestros historiadores refieren que el Sr. Hidalgo fué á Valladolid, después de la derrota de Aculco, por haber visto lo que Allende dice á Hidalgo en su segunda carta de Guanajuato, fechada el 20 de Noviembre: *que desde Salvatierra contestó diciéndole que su parecer era que fuese á Valladolid y él á Guanajuato*, y por la llegada de los dos á cada una de dichas poblaciones, á donde con anticipación habían pensado encaminarse. De esta simple relación, y habiendo omitido seguir paso á paso á los caudillos, entendemos que resultó la confusión de fechas y aún de acontecimientos que pasaron en Valladolid, según y como los refieren los Sres. Bustamante, Zerecero y Alaman.

Nosotros, que por los documentos que tenemos á la vista, y por las relaciones que nos han hecho los deudos de los insurgentes fugitivos, como lo son las hijas de los Sres. Gutierrez, de la hacienda de Santa Bárbara, y Antonio Ochoa, hijo del cochero del Sr. Cura Hidalgo, que actualmente vive en la hacienda de San Marcos, nos hemos formado un juicio diverso del de aquellos autores tan respetables, siendo estos los puntos de partida que tenemos para seguir á ambos corifeos, y para fijar, en seguida, el itinerario que cada uno tuvo que recorrer.

El Sr. Allende, se dirigió á San Felipe del Obraje

al Sur de Aculco, procediendo á organizar los dispersos que pudo reunir, y el Sr. Hidalgo tomó rumbo opuesto, en dirección á la Villa del Carbon. El primero, salió el siguiente día 8 por el camino que antes habían traído para Toluca, rindiendo la jornada en Maravatio: el 9 llegó á Acámbaro, el 10 á Salvatierra, el 11 al Valle de Santiago, el 12 á Irapuato sin haber tocado á Salamanca y el 13 entró á Guanajuato. El Sr. Hidalgo, del Cerro de la Villa del Carbon, combatiendo á la izquierda, hacía al Poniente atravesó el distrito de Amealco, límite de la Provincia de México, con las de Michoacán y Guanajuato, y tomando el camino de los Molinos de Caballero, penetró por la jurisdicción del pueblo de Coroneo á la Provincia de Guanajuato, para llegar á la hacienda de Juan Martín, y entrar á Celaya el 9 por la noche.

El día 10, teniendo noticia de la llegada de Allende á Salvatierra, le escribió la carta cuya contestación éste mismo cita en la parte que ya hemos subrayado. Este día, lo mismo que los 11, 12, y 13, además de ocuparse en organizar la fuerza que traía consigo, y los muchos dispersos que llegaban, se ocupó en levantar el espíritu de la revolución.

El día 13 publicó una circular (1) explicando

[1] "El vivo fuego que por largo tiempo mantubimos en el choque de las Cruces devilito nuestras municiones con terminos que convidandonos la entrada á México las circunstancias en que se hallaban, por este motivo no resolvimos su ataque, y si el retroceder para habilitar nuestra artillería— De regreso encontramos el ejército de Callejas y Flon con quienes no pudimos entrar en combate por lo desprovisto de la artillería solo se entretubo un fuego lento y á mucha distancia entre tanto se daba lugar á que se retirara la gente sin experimentar quebranto como lo verificó.—Esta retirada necesaria por la circunstancia tengo noticia se ha interpretado por una total derrota cosa que tal vez puede desalentar á los pusilánimes por lo que he tenido á bien esponer á U. esto para que imponga á los avitantes de esa ciudad en que dela retira-

las razones que tuvo para retroceder de Cuajimalpa, dando á conocer, además, que en Aculco, en lugar de accion formal que no tuvo efecto por el mal estado de la artillería, solo hubo una retirada, necesaria por las circunstancias.

Salió el 14 de Celaya por el pueblo de Amoles (Cortazar), Jaral, Cañada de Chilapa, San Gerónimo, Andarcúa etc., hasta la Congregacion de Uriangato (ahora Moroleon), pernoctando en este pueblo y en el inmediato de Uriangato, con cosa de cuatro mil hombres, habiéndose alojado en la casa del Sr. D. Miguel Gonzalez, Administrador de la hacienda de Sta. Mónica(1),

da mencionada no resulto mas grabamen que la pérdida de algunos cañones y unos seis u ocho hombres que se ha regulado perecieron ó se perdieron; pero que esta no nos debe ser sencilla así por que en el dia está reunida nuestra tropa, como porque tengo montados y en toda disposicion quarenta y tantos cañones reforsados de á 12 y 16 y de otros calibres en diversos puntos, por lo que concluidos los mas que se estan haciendo, y provistos de abundante bala y metraya no dilatarse en acercarme á esa Capital de México con fuerzas mas respetables, y temibles á nuestros enemigos. Me dira U. en contestacion como se hallan esos animos, que noticias corren con alguna provavilidad, que se dice de Mexico, Tlascala etc. y últimamente cuanto ocurra. Es regular, se hayan reunido los bienes de los Europeos y el que se hayan vendido algunos el dinero existente de estos de rentas, y lo mas que pueda realizarse de acuerdo con el corregidor me lo remiten para la conclusion de mis disposiciones.—Dios guarde á V. muchos años. *Cuartel general de Selaya Noviembre 13 de 1810.—Miguel Hidalgo* Generalísimo de America.—Al márgen. *La letra del presente es propia mia, y la firma la misma que usaba el benemerito, Hidalgo de quien era Secretario. Mexico Octubre 5 de 1837.—Ignacio Rayon.*"

[1] En los cinco años que desde 1882 servimos la Jefatura política del Partido de Moroleon, conocimos y tratamos á varios ancianos nonagenarios testigos del paso del Sr. Hidalgo para Valladolid. Murieron ya los Sres Francisco Rangel, Joaquín López y Mariano Juarez, y viven todavía D^a Antonia Vargas, D. José María Ramirez, soldado insurgente, primero, y despues realista del batallon de Celaya, al mando de Iturbide. A-

y el 15 al medio dia, pasando por los pueblos de Cuitzeo y de Tarimbaro, entró á Valladolid por el barrio de Santiaguito.

Combinadas las marchas de los dos caudillos, fácil será calificar la errada opinion de Allende, así como su falta de prudencia y de consideraciones á su compañero; porque las cartas dirigidas desde Guanajuato á Valladolid, los dias 19 y 20 (1), no pudieron lle-

compañó al guerillero Miguel Sanchez de la hacienda de San Nicolás de los Agustinos derrotado en Querétaro, y despues combatió á los tambien guerrilleros Olivares, Jimenez del Rio, Magaña, Delgado y los García, que merodeaban en Uriangato, Cuitzeo de la Laguna, Yuriria, Valle de Santiago y Salamanca.

[1] "Sor. Generalísimo D. Miguel Hidalgo y Costilla.—Cuartel General de Guanajuato Noviembre 19 de 1810.—Queridísimo amigo y compañero mio.—Recivi la apreciable de V. de 15 del corriente, y en su vista digo, que seria mas perjudicial á la Nacion y al logro de nuestras empresas, que el que V. se retirase con sus Tropas á Guadaluaxara, por que esto seria tratar de la seguridad propia, y no de la comun felicidad; y así lo habia de creer y sensurar todo el mundo.—El Exercito de operaciones al mando de Calleja, y Flon entra por nuestros Pueblos conquistados como por su casa; y lo peor es que los seduce con promesas lisonjeras, de suerte que hasta con repiques lo recibieron en Celaya, y tienen razon porque se les ha dejado indefensos.—Todo esto va induciendo en los Pueblos un desaliento universal, que dentro de breve puede convertirse en odio de nosotros, y de nuestro gobierno, y tal vez estimulado á cometer una vileza y maquinar por conseguir su seguridad propia. No debemos pues desentendernos de la defensa de estas plazas tan importantes, y la destruccion de dicho exercito, que por todas partes esparsese con harto dolor mio, la idea de que somos cobardes, y hasta los mismos Indios lo han censurado. De otro modo, abandonada esta preciosa ciudad *la mas interesante del Reyno* ó si somos derrotados en ella por el enemigo ¿que será de Valladolid, de Zacatecas, Potosi, de los Pueblos cortos? ¿Y que será de los mismos de Guadaluaxara para donde se dirigirá el enemigo cada dia mas triunfante y glorioso con sus reconquistas? Me parece infalible la total perdida de lo conquistado, y la de toda la empresa, con el agregado de la de nuestras propias vidas, y seguridad, pues ni en la mas infeliz rancheria la hallariamos,

gar á su destino sino despues de estas fechas, despues del 17 en que Hidalgo sali6 de la expresada Capital;

viendonos cobardes y fugitivos, sino que ellos mismos serian nuestros verdugos.—El mismo Huidrobo, y en su exercito pedian, en vista de que Guadalaxara nos esperaba de Paz, que pasase yo en persona para mayor solemnidad y mejor arreglo de la cosa; pero como trataba de asegurar, sino de la defensa de esta ciudad de tanto mérito por su entusiasmo, por los muchos intereses que tenemos en ella, por la Casa de moneda que tanto importa, y por tantos mil titulos no quise hacerlo, sino permanecer aquí, y prevenir á V. como lo he hecho, y á las Divisiones de Iriarte y Huidrobo se acerquen con quanta fuerza puedan *para atacar al enemigo por todas partes*, destruirlo y abriarnos el paso á Querétaro y Mexico, ó quando menos conseguir la seguridad de lo conquistado, y hacer fuerte en sus fronteras para cortar á Mexico viveres y comunicaciones.—El Lic. Avendaño acompañó á Huidrobo á Guadalaxara para el arreglo del Gobierno, y lo demas; y tambien hice lo acompañase Balleza á las órdenes de Huidrobo; previniendo á este en presencia del mismo Balleza que no se le obedeciese por ser tan manifiesta su debilidad, y que solo pensaba en la seguridad personal. No fué necesario que llegasen á Guadalaxara ni para su toma, ni para el arreglo del gobierno en todas sus partes, porque el famoso Capitan Torres, y los mismos patriotas buenos y vecinos de Guadalaxara lo han puesto todo en el mejor órden que se pueda desear, segun los partes *que recibí ayer*, y así qualquiera otra cosa lexos de fomentar el orden lo destruirá, é introducirá el desórden que tantos extragos há ocasionado.—En esta virtud en justicia y por amor propio no puede, ni debe V. ni nosotros pensar en otra cosa que en esta *preciosa ciudad que debe ser la capital del mundo*, y así sin perdida de momentos debe ponerse en marcha con quantas tropas, y cañones haya juntado para bolber á ocupar el Valle de Santiago, y los pueblos ocupados por el enemigo hasta esta Frontera, y atacarlo con valor por la retaguardia, dandonos aviso oportuno de su situacion para hacer nuestra salida, y que *cercado por todas partes* quede destruido y aniquilado, y nosotros con un completo triunfo.—Dios guarde á V. muchos años. Quartel general de Guanajuato y Noviembre 19 de 1810.—Ignacio Allende.—Capitan General de America—P. D.—Es llegado el tiempo de hablar

despues de que ya habia abandonado tambien á Zamora, á donde llegó el dia 20.

Como importa fijar lo que el Sr. Hidalgo hizo en Valladolid, y rectificar lo que el Sr. Alaman asienta

con la libertad que pide nuestro comprometimiento. Yo no soy capaz de apartarme del fin de nuestra conquista, mas si empezamos á tratar de las seguridades personales, tomaré el separado partido que me convenga de lo que será imposible practique siempre que V. se preste fuerte con vigor á nuestra empresa, *y V. y no otro debe ser el que comande esas tropas en Guadalaxara* aun cuando le faltase arreglo, despues se remediaria, y Guanajuato acaso seria imposible bolber á hacerlo nuestro adicto.—Vale.—Rubrica de Allende”

“Sor D. Miguel Ydalgo.—Reservada.—Guanajuato 20 de de Noviembre de 1810.—Mi apreciable compañero.—V. se ha desentendido de todo nuestro comprometimiento, y lo que es mas que trata V. de declararme Candido, incluyendo en ello el mas negro desprecio hacia mi amistad. Desde Salvatierra contexté á V. diciendo que mi parecer era el de que fuese V. á Valladolid, y yo á Guanajuato para que levantando tropas y Cañones pudiesemos auxiliarnos mutuamente segun que se presentase el enemigo: puse á V. tres oficios con distintos mozos, pidiendo que en vista de dirigirse á este el Exercito de Callejas, fuese V. poniendo en camino la Tropa y Artillería que tuviese: que á Iriarte le comunicaba lo mismo para que á tres fuegos desbaratasemos la única espina que nos molesta. ¿Que resultó de todo esto? que tomase V. el partido de desentenderse de mis oficios, y solo tratase de su seguridad personal dexando tantas familias comprometidas ahora que podiamos hacerlas felices, no hallo como un corazon humano en quien quepa tanto egoismo; mas lo veo en V., y veo que pasa á otro extremo ya leo su corazon, y hallo la resolucion de hacerse en Guadalaxara de caudal, y á pretexto de tomar el Puerto de S. Blas hacerse de un barco y dexarnos sumergidos en el desórden causado por V., ¿y que motivo ha dado Allende para no merecer estas confianzas?—No puedo menos que agriarme demasiado, quando V. me dice que al dar orden en Guadalaxara, lo violenta, ¿de cuando acá V. así? Tenga presente lo que en todos las Paises conquistados me ha respondido V. quando yo decia: *es necesario un dia mas para dar algun orden etc.*—Que V. no

en la página 40, tomo 2º de su Historia de México (1), dejamos por un momento al Capitan General Allende en Guanajuato, haciendo preparativos para defenderse de Calleja.

El Sr. Hidalgo se encontró en Valladolid con la noticia de la entrada de Don José Antonio Torres á Guadalajara y de las graves complicaciones que habian ocurrido entre los jefes que ocupaban la poblacion. Sin descansar de las fatigas de la travesía que habia hecho, púsose luego á dar órdenes al intendente Ansorena (2), á contestar y desmentir el edicto pu-

tuviera noticia [como me dice] el enemigo, ni de Queretaro, es una quimera, cuando de Acámbaro, de Salvatierra, y Valle de Santiago desde la semana pasada me estan dando partes, y lo que es mas *con los primeros oficios que mandé á V. acompañé dos cartas, y ellas llegaron á Valladolid y se me contextaron: pero á V. no llegaron mis letras* segun que se desentendió en su carta.—Espero que V. á la mayor brevedad me ponga en marcha las Tropas y Cañones, y la declaracion verdadera de su corazon; en inteligencia que si es como sospecho el que V. trata de solo su seguridad, y burlarse hasta de mí, juro á V. por quien soy que me separare de todo, mas no de la justa venganza personal. Por el contrario vuelvo á jurar que si V. procede conforme á nuestros deberes, seré inseparable, y Siempre consecuente amigo de V.—*Ignacio Allende.*”

[1] “Hidalgo, no obstante tan reiteradas y urgentes instancias de Allende, llevó á efecto su resolucio[n] de marchar á Guadalajara. *Súpose en Valladolid el 14 de Noviembre la entrada de Torres en aquella ciudad, y se solemnizó con misa de gracias en la catedral, á que asistió Hidalgo bajo de docel, acompañado de los oficiales Foncerrada y Villalongin, y el 17 verificó su salida; pero antes mandó degollar á los españoles que tenia presos, cogidos en la misma Valladolid y conducidos de diversos lugares de la provincia. Con este fin dispuso se les sacase en diversas partidas, para darles muerte fuera de la ciudad. La primera salió en la noche del 13 de Noviembre. . . .*”

[2] “Por orden del Sr. Hidalgo, el intendente Ansorena publicó un decreto con fecha 15 de Noviembre, prohibiendo la extraccio[n] de toda clase de efectos de aquella provincia, para México. . . .”—*México en el Siglo XIX*, tom. II, pág. 262.

blicado por la inquisicion contra él y probablemente dispuso tambien el degüello de la primera partida de españoles, órden ejecutada esa noche en la barranca de las Bateas.

Al siguiente dia tuvo lugar el *Te Deum* suntuoso á que concurrió el Sr. Hidalgo con su oficialidad, las corporaciones civiles y eclesiásticas y los vecinos distinguidos; despues de cuyo acto, en junta de oficiales, que fué muy numerosa, trató del aumento y arreglo del ejército y del completo de un nuevo regimiento que habia empezado á levantar el coronel Zoravilla. En este dia quedó dispuesta la decapitacion de la segunda partida de europeos, acontecimiento llevado á cabo la noche del dia 18, en el cerro del Molcajete que está situado sobre el camino que conduce para Pátzcuaro.

Hé aquí al Sr. Alaman, fundando en remoto tiempo la *bi-corporeidad, transfiguracion y ubicuidad espiritas*, tan aceptadas con ejemplos de santos por Allan Kardec (1). El Sr. Hidalgo ejecutando actos materiales en Celeya el 13 de Noviembre de 1810, aparecía segun él en Valladolid, el mismo dia, dando órdenes para que se hicieran decapitaciones; y luego el 14 en la Catedral, dando gracias, en espíritu se entiende, como los que ahora desde sus casas de la República Mexicana concurren al Santo Sepulcro de Jerusalem.

Habla el Sr. D. Jorge Hammeken y Mexía (2): “El 23 de Noviembre acampaba Calleja en el rancho de Molineros á cuatro leguas de Guanajuato. El 24 comenzó el ataque; pero no por donde esperaban los insurgentes, pues Don Fernando Perez Marañon vendió el secreto de los barrenos de la Cañada á Calleja, y éste determinó atacar por distinto rumbo. Al efecto dividió su ejército en dos columnas, dando el mando de una de ellas al célebre Flon, conde de la Cadena, y re-

[1] “El libro de los Mediums,” pág. 143.

[2] “Hombres ilustres mexicanos,” tom. II, pág. 381.

servándose la otra para sí. El primero avanzó por el camino de la *Yerba Buena* hasta llegar á las *Carreras*, y el segundo por el camino nuevo de Santa Ana hasta *Valenciana*. Ambos destacamentos forzaron las alturas, se apoderaron de las piezas de artillería y lograron voltear la posición. En el cerro del *Tumulto* fué donde mas empeñada estuvo la batalla.

“Luego que Allende vió que las alturas se hallaban en poder del enemigo, ordenó una retirada que, si era dolorosa, habia llegado á ser necesaria; y aunque Calleja pretendió cortarla no la pudo evitar.

“Un negro llamado Lino, natural de Dolores, á eso de las tres de la tarde, amotinó á la plebe diciendo que Calleja habia triunfado ya y que era preciso vengarse de los europeos. Habiendo reunido una multitud de gente, la condujo á la Albóndiga de Granaditas y empezó un degüello cruelísimo de los infelices que allí se encontraban, cuyo número ascendia á doscientos cuarenta y siete; solo pudieron salvarse treinta y tantos; y aunque Allende luego que supo lo que ocurría volvió sobre sus pasos intentando contener el desórden, tal era la furia, la ceguedad y pasión de los asesinos que fueron infructuosos sus esfuerzos. Allende se retiró á la mina de Chichindaro, y al rayar el 25 volvió á romper el fuego de artillería con una pieza colocada en el cerro del *Cuarto* sobre la línea enemiga, impidiendo el avance de Calleja, y dando tiempo á su ejército para que pudiese continuar su tranquila retirada. Finalmente, las fuerzas de Calleja desmontaron la pieza que tanto estrago les habia hecho, y entonces Allende se reunió al grueso de su ejército (1).”

El Conde de la Cadena ayudaba á Calleja á completar el salvajismo más horroroso.

“El 24 de Noviembre de 1810, atacó á Guanajuato el ejército del general Calleja, al que yo pertenecía;

[1] *Alaman*. “Historia de México,” tom. II, pág. 58.

una parte de ese ejército pasó al *Vivac* la noche de aquel día en Valenciana, y la mañana del 25 todas las tropas entraron á la ciudad. Una ú otra muger asomaba la cabeza por alguna ventana, y en sus semblantes estaban pintados el susto y la inquieta curiosidad. En el silencio de la noche solo se oían las pisadas de los caballos y de los hombres, ó el estridor metálico de las cureñas de los cañones: una especie de estupor reinaba en aquella entrada fúnebre, tan diversa de un asalto, como de la algazara de un triunfo; habiéndose creído que por instinto sentían todos sobresalto y la pena que una gran catástrofe produce.....

“En efecto, el populacho, instigado, habia pocas horas ántes asesinado á mas de doscientos españoles que se se hallaban encerrados en Granaditas.

“La infantería quedó alojada en la ciudad, y la mayor parte de la caballería acampó en Marfil y en sus inmediaciones. Allí me encontraba yo la mañana del 26, cuando recibí la órden de presentarme con mi compañía al mayor general. Este gefe puso bajo mi custodia y responsabilidad sesenta ó mas prisioneros (no hago memoria del número) personas escogidas y notables, previniéndome que los condujera á Granaditas y los entregara al coronel *D. Manuel Flon*, conde de la Cadena, y segundo por su representación en el ejército.

“Granaditas tiene dos puertas de entrada; la principal cae á una plazuela, y la otra está en un costado del edificio: aquella se hallaba abierta; la otra tapiada con adobes: yo formé mi tropa en la plazuela, y entré al funesto edificio, limpio ya de los cadáveres de los asesinados, pero no de la sangre y de los horrores, vestigios de la reciente matanza: el pátio es cuadrado, ó cuadrilongo, y está circuido de arcos, que forman cuatro corredores: en el fondo de estos hay piezas aisladas: cuando entré al pavoroso pátio, se paseaba por uno de los costados el conde de la Cadena, única persona que habia en todo aquel recinto. Este gefe tendria sesenta años; su estatura

era la ordinaria: su traje sencillo y descuidado: una basta casaca cubria sus anchas y abovedadas espaldas, y en sus bolsas ocultaba ambas manos: su cara ceñuda y esquiva, una piel hosea y rugosa; sus ojos hundidos, penetrantes y fieros; un mirar altivo y desdenoso; sus cejas canosas, largas y pobladas, daban á su fisonomía un aspecto imponente é ingrato. El conde de la Cadena en su estado normal no se recomendaba por su exterior; pero en aquel momento sus pasos descompasados y tortuosos, su faz animada por la venganza, su boca contraída y convulsiva, manifestaban las pasiones violentas que lo dominaban, é imponía á su persona un carácter de ferocidad salvaje é inexplicable, y tal era el hombre á quien di cuenta de mi comision. Su respuesta, á poco mas ó ménos, fué la siguiente:—Haga Ud. desmontar seis dragones y un cabo para que custodien la puerta.....*Distribúyanse los presos en esos cuartos..... Consérvese el resto de la tropa montada, y Ud. aguarde mis órdenes.*

“Así se hizo, y á pocos momentos entró el capitán *D. Manuel Diaz Solórzano*, ayudante mayor del cuerpo de frontera de Rio Verde, con unos dos eclesiásticos: poco despues ocupó el pátio una compañía de infantería, y comenzó la escena que consigno á la historia.

“El oficial Solórzano sacaba uno ó dos presos á la vez de los cuartos en que estaban reclusos: les hacia en la puerta ó en el corredor algunas ligeras preguntas, y sin mas formalidad, los enviaba á una pieza desocupada. Allí, uno de los sacerdotes los confesaba, y en el acto eran conducidos, vendados los ojos con sus mismos pañuelos, al pasadizo que remataba en la puerta tapiada. Cuatro soldados se destacaban de la fila, y fusilaban al sentenciado volviendo á incorporarse á la tropa, que á pié firme permanecia en el centro del pátio, y á cargar sus armas. El Sr. Flon entre tanto se paseaba incesorable y terrible en el corredor fronterizo al lugar de las ejecuciones, cebando sus ojos en ellos, y recreando sus oidos con el estallido de los fusiles.

“A poco tiempo de esta carnicería, quedó el pasadizo inundado de sangre, regado de sesos y sembrado de pedazos de cráneos de las víctimas, hasta el extremo de ser preciso desembarazar el sitio de los cruentos escombros, sin cuya diligencia no podia ya pisarse el pavimento. Para ejecutar esta operacion, se trajeron de la calle algunos hombres, y con sus mismas manos echaron la sangre y las entrañas despedazadas de los fusilados en grandes bateas, hasta desembarazar el lugar de aquellos estorbos para seguir la horrible matanza.

“Uno de los presos, examinados por Solórzano, avisó de una porcion de plata labrada que estaba oculta en una casa; é instruido de ello el Sr. Flon, me mandó con el delator y un piquete de mis dragones á recogerla. Al caminar para la casa pasé por el frente de una iglesia, en cuyo átrio yacían hacinados multitud de cadáveres de los españoles asesinados dos dias ántes, Ese monton de muertos estaba mal cubierto con algunos petates; los cuerpos abotagados por el sol.....¿Pero para qué referir tan repugnantes por menores? Parece que aquel dia tremendo, y de indecible memoria para mí, quiso la Providencia destinarlo á darme las primeras lecciones de lo que pueden ser los hombres abandonados de la razon.

“Separéme de aquel espectáculo de horror: llegué á la casa que me indicó el preso: recojí dos huacales con la plata deseada; y habiendo salido ya á la calle, se me acercaron dos jóvenes de noble continente y de buenos modales, suplicándome que les permitiera acompañarme para ver al general; yo seguí mi camino, y los jóvenes entiendo que habitaban en la casa que acababa de visitar: entraron á la dicha casa con gran festinacion, y á pocos momentos, cubiertos de capas y sombreros me alcanzaron en el camino: seguimos todos hasta Granaditas; los dragones se incorporaron en sus filas, los jóvenes quedaron puertas adentro del edificio, yo entregué la plata recojida á Solórzano, y pasé á dar cuenta de mi comision al